

Algunos pasaban al lado de ellos y el ruido sordo del restaurant se elevaba en la atmósfera. Varios saludaban á Maiakín, pero él no los veía, los ojos fijos en el rostro de su ahijado. Tomás sobreexcitado tenía una expresión de dicha, vaga y afligida al mismo tiempo. Su padrino le interrumpió con un profundo suspiro de tristeza y le dijo:

—¡Pobre muchacho! veo que estás dispuesto á extraviarte por completo... Me cuentas cosas insensatas... ¿Aún haría falta discernir si es efecto del cognac ó de tu idiotez?

—¡Padrino! exclamó Tomás. ¡Es factible! Otros lo han hecho antes que yo... Renunciaban á su bienes y en cambio recobraban su salud...

—No en mi tiempo... ¡ni ninguno de mis allegados! pronunció Maiakín severamente. ¡No lo habría sufrido!

—Algunos fueron santos cuando abandonaron sus bienes terrestres...

—¡Hum!... no me habían abandonado. Y si no, el asunto es claro. ¿Conoces tú el juego de damas? Llegas á avanzar á cierto extremo donde no puedes ser cogido, y si no te haces coger eres rey. Todos los caminos están abiertos; ¿has comprendido? ¡Pero qué diablo! ¡y te hablo seriamente! ¡Bah!

—¡Padrino! ¿Por qué no consiente usted? exclamó Tomás con cólera.

—¡Mira! ¡Si eres deshollinador, gatea por los tejados! ¡Bombero, siempre en tu puesto! Cada uno tiene su puesto aquí abajo y debe permanecer en él fielmente! ¡La ternera no muge como el oso! ¡Tú tienes tu senda trazada; síguela! No murmures, no te apartes de ella. Da á tu vida un impulso cualquiera.

Y de los labios delgados del viejo se escapó aquel torrente tumultuoso de palabras vivas y persuasivas, dichas con aquella voz chillona que Tomás co-

noía tan bien. Pero, absorto en su sueño de libertad que le parecía de una realización tan fácil, no escuchaba á nadie.

Estaba enteramente absorto en su idea.

En su pecho se afirmaba el deseo de concluir con aquella existencia insípida y vaga, de romper con su padrino, de abandonar sus barcos, sus barcazas, renunciar á sus orgías, separarse, en fin, de todo lo que le esclavizaba y le ahogaba haciéndole la vida imposible.

Las palabras del viejo, que parecían venir de lejos, se confundían con el ruido de la vajilla, los paseos del camarero y el son de una voz aguardentosa.

Cuatro traficantes, sentados á una mesa cerca de la suya, discutían en alta voz:

—Dos y cuartillo y puedes dar gracias á Dios.

—¡Vamos, dale dos y medio!

—¡Eso no es sino lo justo! Es menester darlos. El barco es bueno y marcha de prisa.

—Amigos míos, no puedo. Dos y cuarto...

Maiakín trataba de hacerle comprender la razón.

—Te se han metido estas locuras en la cabeza; pero esas son ligerezas de la juventud.

Y acentuaba estas palabras á puñetazos sobre la mesa.

—¿Tus bravuconadas? Tontería. ¿Todos esos discursos que me diriges hace una hora? Locuras... ¿No querrás meterte en un convento ó hacerte peón de albañil?

Tomás escuchaba en silencio. Le parecía que el rumor sordo que le rodeaba, se alejaba; se hacía la cuenta de estar en medio de una muchedumbre considerable. Vela á las gentes agitarse sin motivo, sin razón, los ojos foscos, gritar, insultarse, caer los unos sobre los otros, pisoteándose. Se sentía tan desgraciado, porque no los comprendía, porque no

tenía fe en ellos y se daba cuenta que ellos tampoco se comprendían entre sí y que no eran sinceros los unos para con los otros. Pero si hubiese podido sustraerse á su contacto, recobrar su libertad y alejado de ellos contemplar su agitación, todo se habría puesto en claro. Se habría explicado sus necesidades y habría podido ocupar su lugar entre ellos.

—Vamos, ¿consiente usted en darme la libertad? preguntó Tomás á boca de jarro.

Y bajo su mirada de fuego, Maiakín volvió la cabeza.

—¡Padre mio! ¡Sólo por algún tiempo! ¡dejadme respirar! ¡ponerme al tanto de todo! suplicaba Tomás. Yo observaré, me daré cuenta de la razón de las cosas, y entonces... Pero si sigue usted sordo á mis súplicas, ya lo ve bien, llegaré á hacerme un borracho.

—¡No digas tonterías! ¡Haces el tonto! gruñó Maiakín.

—¡Está bien! replicó Tomás con sangre fría. ¡Entendido! ¿No consiente V.? Entonces no obtendrá V. nada! ¡Disiparé todo! Y por el momento no tenemos nada más que hablar... ¡adiós! Pero oirá V. hablar de mí. Le alegraré el corazón. De todo lo que tengo, no quedará ni para el hueco de una muela.

Tomás estaba tranquilo y hablaba con tono decidido. El creía que una vez su resolución tomada, su padrino no podría ya oponer obstáculo.

Pero Maiakín se revolvió en su silla y le respondió con el mismo tono sencillo y tranquilo:

—¿Sabes qué medios puedo emplear contra tí?

—Todos los que quiera V., respondió Tomás con un gesto de indiferencia.

—Pues bien, iré á la ciudad y daré los pasos para que te reconozcan por loco y te encarcelen en un manicomio...

—¡No podrá V. hacer eso! dijo Tomás incrédulo, pero un poco sobresaltado.

—En nuestro país, amigo mio, todo es posible...

—¡Verdaderamente!...

Tomás bajó la cabeza, y echando á su padrino una mirada á hurtadillas, tembló y se dijo:

«Lo hará... y sin piedad».

—Puesto que es de veras las locuras que dices, me veo precisado á recurrir á medidas rigurosas... Me comprometí, ante tu padre, á meterte en cintura... y lo haré... Sé que tus palabras son el resultado de tu última borrachera... Pero, en fin, si no te ordenas, si no paras los pies y si la fortuna adquirida por tu padre es tirada á los cuatro vientos por un galopín como tú, yo sabré ponerte á la sombra... te encerraré sólidamente... Conmigo no se juega impunemente...

Maiakín hablaba con voz melosa; sus ojos guardaban una expresión de frío sarcasmo.

Las arrugas que surcaban su rostro subían á la frente, y las de la frente se habían reunido en un dibujo fantástico que se prolongaba hacia la coronilla de su calva cabeza.

Aquel rostro era inexorable y sin lástima y el alma de Tomás se heló y se llenó de tristeza.

—¿Entonces no hay otra salida para mí? preguntó ofuscado. ¿Quiere V. encarcelarme?

—La salida es que no tienes más que seguir adelante. Yo te guiaré... no tengas temor... no vacilarás y llegarás á buen puerto...

Tanta fatuidad y aquella inquebrantable vanagloria pusieron á Tomás fuera de sí.

Con las manos metidas en los bolsillos, para no pegar al viejo, Tomás irguió la cabeza, y con voz sorda, dijo entre dientes:

—¿De qué se vanagloria V. así? ¿Qué es lo que tú has hecho de glorioso? ¿Tu hijo, dónde está? ¿Y tu hija, qué es? ¡Tú! ¡Reglamentar la vida! ¡Eres un hombre superior!... sabes todo... vamos, dime: ¿Por

qué vives? ¿Para qué amasas tanto dinero? ¿Te crees inmortal? ¡Pues bien! sea, soy tu prisionero... te has amparado de mí... me has vencido... pero espera... ¡quizás pueda escapar!... ¡La última palabra no está dicha! ¡Eh! ¡tú! ¿qué has hecho en la vida? ¿Qué quedará después de tí? Mi padre al menos ha hecho construir una casa; ¿y tú? ¿qué has hecho tú?

Las arrugas del rostro de Maiakín temblaron y se contrajeron, bajándose hacia sus labios, lo que dió á su rostro una expresión dolorosa como si fuese á llorar. Abrió la boca, pero no dijo nada, mirando á su ahijado sobrecogido y casi con temor.

—¿Qué dirías tú para justificarte ante el Señor? preguntaba aún Tomás, sin apartar de él sus miradas.

—¡Silencio, perro pillo! gruñó el viejo en voz baja. Y miró con inquietud á su alrededor.

Pero Tomás se levantó de su silla, se encasquetó la gorra en la cabeza, y mirando al viejo con rencor:

—¡Todo queda dicho... me voy!

—¡Vete!... ¡pero te volveré á ver! ¡Yo diré la última palabra! le respondió Maiakín con voz entrecortada.

—¡Voy á divertirme, me arruinaré!

—Está bien... ¡se verá!

—¡Adiós! héroe... dijo con sarcasmo Tomás.

—¡Hasta pronto! No me desdigo... es mi divisa... y te quiero á pesar de todo... aunque seas una bala perdida.

Maiakín hablaba en voz baja y ahogada.

—No tienes necesidad de quererme. ¡Instrúyeme sólo! Pero he ahí... la ciencia verdadera no la conoces tampoco, le dijo Tomás volviéndole la espalda.

Y se alejó del salón.

Jacobo Tarasovitch Maiakin quedó solo.

Apojado sobre la mesa, trazaba, con el dedo mo-

jado en vino, dibujos en el platillo. Su cabeza puntiaguda bajaba más y más, como si no pudiese distinguir lo que su dedo nervioso iba trazando. Gruesas gotas de sudor se escapaban de su frente. El restaurant estaba lleno de un rumor sonoro que hacía temblar los cristales de las ventanas.

Del Volga subían los silbidos estridentes de los barcos, los golpes sordos de las ruedas batiendo el agua y la llamada de los hombres que descargaban las barcazas. Era la vida que seguía su curso, sin un segundo de vacilación ni de fatiga. Maiakin hizo una seña al camarero, llamándole, y le preguntó con voz particularmente imponente y sin esfuerzo:

—¡La cuenta!

X

Antes de su disputa con Maiakín, Tomás, cansado ya de la vida, entregábase á la licencia más vergonzosa. A partir de este día, se abandonó á su destino con bríos de desesperado, el corazón henchido de un sentimiento de venganza rencorosa contra los hombres y de un desprecio insolente del que él mismo estaba asombrado.

Algunos días después de su llegada á Kazán, Sacha era la querida del hijo de un fabricante de alcohóles, que era uno de los camaradas de Tomás. Antes de partir con su nuevo amante para alguna villa lejana de la ribera, Sacha dijo á Tomás:

—Adiós, querido. Nos encontraremos quizás un día... nuestros destinos son los mismos. Te doy un consejo: no dejes en libertad á tu corazón. Diviér-

tete sin tasa; después, el vino bebido... la copa rota... ¡adiós!

Y sus labios se posaron, en un largo y profundo beso, sobre los de Tomás, que se sentía dichoso con esta partida, pues ella le aburría y le asustaba con su indiferencia glacial. Pero en el momento de separarse se conmovió; se volvió hacia ella y respondió dulcemente:

—No os entenderéis quizás... tú puedes siempre volver á mí...

—¡Gracias! respondió ella con risa extraña que se asemejaba á un aleteo.

Y la vida de Tomás continuó su curso, produciendo cada día las mismas distracciones, con los mismos individuos, incapaces de inspirar ningún sentimiento elevado.

A menudo, por la noche, á solas con sus pensamientos, los ojos cerrados, veía una inmensa muchedumbre toda negra, tan numerosa que le asustaba, amontonada en el fondo de un abismo, que rodeaban rocas áridas y que obscurecía una nube de polvo. Aquella muchedumbre, mugiente, se agitaba, parecida al trigo echado en la campana receptora de molino. Una rueda invisible los pulverizaba. En las profundidades de aquella masa viva, los hombres desaparecían, engullidos como arrebatados por la piedra; otros, al contrario, eran despedidos á la superficie, como si acabasen de escapar á ella. Esta multitud de individuos tenía también el aspecto de innumerables cangrejos echados en un gran canasto; se movían con trabajo, enganchados los unos con los otros, buscando una salida, librándose asaltos furiosos, sin poderse escapar de su prisión.

Entre ellos, Tomás distinguía rostros conocidos; he aquí á su padre que avanza, se abre paso derribándolos á todos. Se estira de pies y manos riendo

á carcajadas: con su pecho potente aparta todos los obstáculos y desaparece, abismándose en un agujero que se abre bajo su peso; á su padrino, saltando, retorciéndose cual una anguila; se alza sobre los hombros de sus vecinos ó se desliza entre ellos ligero y nervioso. Liubov se desgafita siguiendo á su padre; sus movimientos son bruscos; pero débiles, y la muchedumbre los une y los separa con sonrisa angélica en el rostro, la tía Antheisa avanza á pasos lentos, cediendo el paso á los demás y estando siempre á la mira. Su imagen tiene el resplandor indeciso de la pálida claridad de un cirio en la noche. Pelagia pasa rápidamente sin detenerse... Después Sofia Pavlovna Medinskaia, de pie, rígida, los brazos colgando como aquel día en su salón, la última vez que se habían visto... Sus ojos están dilatados por el terror. Sacha también está allí. Sin prestar atención á los que la empujan, entra indiferente en el seno de la muchedumbre y canta á plena voz, con la mirada, calma y sombría, dirigida al frente.

Un estruendo de aullidos, de risas, de voces aguardentosas, de disputas feroces á causa de dinero, resuenan en los oídos de Tomás: canciones y lágrimas pasan por encima de este hormigueo de cuerpos humanos amontonados en aquel abismo, que saltan, caen, se arrastran á gatas, se estrujan, botan, suben sobre los hombros, unos sobre otros, se empujan como ciegos, encuentran siempre seres invariablemente semejantes á ellos, luchan, caen y desaparecen en el vacío. El roce de billetes de Banco entre sí asemeja al vuelo silbador de los murciélagos; los hombres elevan al aire sus manos ávidas. De este amontonamiento de vicios y de ignominias sube el sonido del oro y de la plata, de tapones que saltan y de donde se destaca una voz femenina que canta:

Vivamos así en tanto que esto dura,  
y que después todo sea pulverizado.

Esta pesadilla le hacía delirar. Palabras incoherentes, desprovistas de sentido, se escapaban de sus labios; se despertaba anegado en sudor y destrozado por esta lucha.

A veces pensaba que el abuso del vino le hacía perder la razón y que era la verdadera causa de todos aquellos horrores que le asediaban el espíritu. Hacía entonces un violento esfuerzo para desterrar estas escenas y estos sueños; pero apenas se veía solo y no muy bebido, otra vez se apoderaba de él la pesadilla y sucumbía bajo esta fatalidad que pesaba sobre él.

Después de su cuestión con Tomás, Jacobo Tarasovitch volvió á su casa sombrío y abatido. Sus ojillos tenían un brillo seco; él permanecía rígido como una cuerda tirante. Las arrugas de su semblante estaban dolorosamente plegadas, su tinte parecía más mate que de costumbre y Liubov pensó, viéndole, que era presa de una grave enfermedad contra la cual luchaba.

En silencio, el viejo medía á grandes pasos la habitación, respondiendo á las preguntas de su hija por frases cortas y duras. Por último, impaciente, exclamó:

—¡Déjame en paz! Ya ves que tengo algo en que pensar, más que en contestarte...

Ella tuvo lástima de él, cuando vió sus ojillos verdes tan tristes y desolados. Resolvió hacerle hablar, se aproximó á él bruscamente en el momento en que se sentaba á la mesa, le posó las dos manos

en los hombros, é inclinándose hacia su rostro, le preguntó cariñosamente, inquieta:

—¡Papá! ¿sufre V., verdad?

Sus caricias eran raras; con ellas siempre conseguía enternecer al viejo. No respondía, pero en su interior gozaba. Esta vez, como de costumbre, rechazó su abrazo y le dijo:

—Ponte en tu sitio... Bien se ve que eres hija de Eva, anda.

Liubov no se alojó; con los ojos obstinadamente fijos en los de su padre, le preguntó, con voz ligeramente alterada por el desvío:

—¿Por qué toma V. ese tono para hablarme como si fuese una chiquilla ó una tonta?

—Porque eres mayor, pero no muy inteligente... En eso consiste... Anda á comer.

Le dejó y se puso á la mesa, mordiéndose los labios.

Contra su costumbre, Maiakin comía con lentitud daba caza á los postres con las púas de su tenedor y los examinaba con obstinación.

—¡Ah! ¡si tu cerebro de aire pudiese comprender los pensamientos de tu padre! exclamó de repente, con profundo suspiro.

Liuba dejó su cuchara, y con lágrimas en la voz, le preguntó:

—¿Por qué trata V. siempre de picarme, papá? ¡No vé que estoy sola! ¡Siempre sola! Debe comprender lo penosa que me es la vida... Nunca tiene para mí una palabra de ternura... ¡Nunca me decís nada! Y sin embargo V. está sólo también... y esta soledad, le pesa... Lo ve... La vida es dura... pero... V. el culpable... Usted solo...

—¡Bah! ¡La burra tomando voz humana! dijo irónico el viejo. ¡Veamos! ¿Qué tienes que decirme?

—Es V. demasiado orgulloso, padre, su talento le extravía...

—¿Y además?

—Está mal... y eso me entristece... ¿Por qué me rechazáis? No tengo á nadie más que á V. ...

Lágrimas subieron á sus ojos. Su padre las vió y su rostro se contrajo.

—¡Ah! ¡Si no fueses mujer! exclamó. O bien, si tuvieses el talento de Marta la Regente... ¡Ah, Liuba! me burlaría de todos... y á más de Tomás. ¡Ea, no llores!

Ella limpió sus ojos y dijo:

—¿Qué ha sucedido á Tomás?

—Se rebela, ¡ja, ja, ja! Me propuso entregarme su fortuna á cambio de darle su libertad... Quiere buscar su cura... en las tabernas... Eso es lo que ha encontrado, nuestro Tomás.

—¿Y bien? dijo Liuba, indecisa.

Ella quiso dar á entender que el deseo de Tomás era noble y elevado, si era sincero: y no osó expresar su pensamiento, por miedo de irritar á su padre y levantó hasta él, una mirada interrogadora.

—¿Y bien? continuó Maiakín agitado de un temblor nervioso, es el efecto del vino, á menos que—Dios nos libre—esto no sea hereditario. ¿Su madre lo habrá dotado de ideas de su secta... de antiguos creyentes? Si es esta levadura de devoción la que le mueve, tendremos negocio para tiempo. Libraremos más de una batalla. Se ha puesto contra mí, con todas sus fuerzas... su insolencia ha sido bien grande... Es joven... no sabe fingir... dijo: «¡Voy á arruinarme, en la bebida, disiparé todo hasta el último céntimo. ¡Te haré ver locuras!»

Maiakín levantó los brazos por encima de la cabeza, los puños cerrados, con gesto de amenaza furiosa.

—¿Cómo te atreves? ¿Quién ha ganado tu fortuna? ¿Quién la ha levantado? ¿Eres tú acaso? Es tu padre... cuarenta años de trabajo, representa ¿y tú

quieres destruirlo todo? Es un deber de todos sostenernos cuando es necesario, trabajar juntos, marchar adelante, marchar en fila compacta para dar á cada uno el sitio que le corresponde. Nosotros traficantes ó comerciantes hemos llevado durante siglos la Rusia sobre nuestros hombros y aún lo hacemos... Pedro el Grande era un tzar de una inteligencia sobrehumana... nos estimaba en nuestro valor... Nos sostenía. Se imprimieron libros especiales para nuestra educación. Yo poseo un libro editado bajo sus órdenes de Polidor Virgile Urbinsky, sobre descubrimientos científicos... data del año 1720... sí... ¡Es menester comprender eso... Lo ha comprendido... y nos ha cedido la parte del León! Hoy estamos avisados... y nos damos cuenta de la importancia de nuestra situación. ¡Que se nos haga sitio! Hemos puesto los cimientos de la vida, nuestros cuerpos han servido de ladrillos, en nosotros está continuar el edificio... debemos tener libres los codos. He ahí el fin que debemos perseguir... He ahí el problema... Tomás no comprende ni gota... Pero es menester que comprenda y que continúe... Su fortuna es la de su padre... ¡Cuando yo expire la mía se unirá á ella! ¡Trabaja, perro! ¡Y él hace extravagancias! ¡Ah! ¡pero paciencia! ¡Yo te despertaré el espíritu, yo!

El viejo perdía la respiración, la emoción lo ahogaba y sus ojos lanzaban llamas hacia su hija, como si hubiese sido Tomás quien hubiese estado en su lugar. Esta excitación espantaba á Liuba, pero no osaba interrumpirle y miraba en silencio su rostro severo.

—El camino está trazado por los padres, tú debes seguirlo. De que habrán servido mis cincuenta años de trabajo, si no es para que mis hijos continúen mi obra. ¡Mis hijos! ¿Dónde están mis hijos?

El viejo movió la cabeza tristemente, su voz se

alteró y pronunció estas palabras, apenas comprensibles como si hablase con alguien oculto en el fondo de sí mismo.

—Uno... presidiario... perdido... otro... borracho... ¡triste esperanza! Mi hija... ¿A quién legaré yo mi obra? Si tuviese un yerno... Yo me decía: «¡Tomás perderá su corteza: es necesario que la juventud pase... te casaré con él y le daré toda mi fortuna, ten, toma!» Pero, lo veo, Tomás no vale para nada. No veo á nadie para reemplazarle... ¡qué hombres los de hoy! Eran de hierro los de antaño, ahora no son más que de goma. Todos doblan sin ofrecer la menor resistencia... ¿De qué proviene eso?

El rostro del viejo expresaba una decepción amarga y un altivo desprecio. Se hizo atrás con su butaca ruidosamente, se levantó y se puso á recorrer el cuarto á pasos cortos, las manos á la espalda. Movía la cabeza y hablaba con voz, donde silbaba la cólera contenida. Liuba, pálida de emoción, sintiéndose impotente y estúpida ante él, escuchaba sus palabras que no eran más que un murmullo y su corazón latía con violencia.

—Heme aquí, sólo... sólo... como Job... ¡Señor!— ¿A dónde iré á parar? ¡Oh... sólo! ¿No soy inteligente? ¿No soy hábil? Pero la vida me ha engañado... ¿A quién favorecerá? Castiga á los buenos y no perdona a los malos... Y nadie puede comprender su justicia...

La joven sentía en el corazón una lástima dolorosa por el viejo, un violento deseo de ir en su ayuda, de serle útil.

Le seguía con ojos ansiosos y le dijo de repente muy dulcemente:

—¡Papá... querido! No se desespere... Taras ¿viene aún... quizás él...

Maiakín se detuvo como clavado en el sitio y levantó lentamente la cabeza.

—El árbol se ha agostado siendo joven, ya no resistirá... Sin embargo, cuando uno se ahoga se recurre á una paja... Aunque no valga de ningún modo más que Tomás... Gordeieff tiene carácter... tiene la audacia de su padre... Sus fuerzas son grandes. Pero Taras... has pensado en él á tiempo... ¡sí!

Y el viejo que un momento antes gemía lamentablemente, que corría extraviado á lo largo del cuarto como un ratón cogido en ratonera, vino tranquilo y decidido cerca de la mesa, aproximó su butaca con cuidado y se instaló diciendo:

—Será menester probar á Taras... Habita en Uso-lée en una máquina... He oído decir que fabrica vidrio... Tomaré los informes necesarios... Escribiré...

—¿Permitidme escribirle, papá? dijo Liuba toda temblorosa y roja de placer.

—¿Tú? le preguntó Maiakín.

Después reflexionó y contestó:

—¿Por qué no? Si es mejor... Le preguntarás si está casado... lo que hace... lo que piensa... Sí... Además, yo te daré instrucciones cuando llegue el momento.

—¡No tardéis demasiado, papá! exclamó la joven.

—Lo que es necesario no diferir es el casarte. Tengo á la vista... un rubio... el muchacho no es tonto... aunque de fabricación extranjera.

—¿No es Smolín, papá? preguntó Liuba con curiosidad inquieta.

—¿Y por qué no? dijo Jacob Tarasovitch.

—Nada. No lo conozco, respondió Liuba de un modo evasivo.

—No lo conocerás... Es tiempo, Liuba, es tiempo. No contemos ya con Tomás... aunque no lo abandonamos. En cuanto á él...

—Yo no he contado nunca con Tomás... ¿Qué me importa?

—Mal hecho... ¡Si hubieses tenido talento, no se vería él como se vé, quizás! Cuando os veía á los dos me decía á veces: Ella se apegará al muchacho. Mi casa estará así bien dirigida... Pero me he engañado... yo creía... que comprenderías tus intereses sin que fuese necesario ponerte los puntos sobre las íes. ¡Eso es hija, mía! terminó con acento doctoral.

Estas palabras la dejaron pensativa.

Sana y fuerte, la idea del matrimonio, en estos últimos tiempos, la preocupaba muy á menudo. Era, en realidad, la sola manera de poner fin al abandono en que vivía. Sus antiguos proyectos de fuga, de trabajo, de independencias habían pasado con el tiempo, así como se habían formado en su alma, para segregarse en seguida como frutos secos, muchas más ideas y otros deseos violentos pero indecisos y sin persistencia.

En su corazón se despertaban también los tierrosos instintos de la mujer y más de una vez la presencia de una joven madre, con un bebé en los brazos, la había llenado de tristeza y de humillación. Su espejo le reproducía un rostro redondo y fresco en el cual dos grandes ojos velados de una sombra violeta, la miraban con lástima; la vida la dejaba á un lado, parecía olvidarla.

En este momento mientras que con oído distraído escuchaba el discurso de su padre, ella trataba de recordar á Smolín. Se acordaba de cuando era colegial: en aquella época, tenía el rostro lleno de manchas rojas y nariz chata. Siempre muy limpio y muy pesado, bailaba mal, parecía muy torpe y su conversación insulsa... Años habían transcurrido. Había viajado en el extranjero, había hecho allí sus estudios, y debía estar muy cambiado. De Smolín su pensamiento saltaba á su hermano y se preguntaba con el corazón oprimido, lo que respon-

dería á su carta. ¿Qué hacía? La imagen de su hermano, tal como ella se lo representaba, borró las de su padre y la de Smolín. La voz de su padre la sacó de su meditación.

—¡Eh! ¡Liuba! ¿en qué piensas?

—En todos los acontecimientos que se precipitan, exclamó sonriendo la joven:

—¿Qué acontecimientos?

—Hace ocho días no se osaba hablar de Taras, mientras que hoy...

—La necesidad hija mía. ¡La necesidad es una fuerza, ella dobla al acero y el acero es un metal resistente! ¡Taras... es necesario verlo! Es la resistencia del hombre lo que constituye su valor... la resistencia á la presión que sobre él ejerce la vida. Si sale victorioso de la lucha: ¡todos mis respetos! Permitidme estrechad vuestra mano y trabajemos juntos... ¡Bah, yo me hago viejo! La vida, sin embargo es más interesante á cada año... ¡le toma uno el gusto! Se querría vivir siempre, siempre estar en acción...

El viejo se lamió los labios, se frotó las manos y sus ojillos brillaron ávidos...

—Vosotros no tenéis sangre en las venas. No esperáis vuestra madurez para poner os fofos como rábanos viejos... Sois incapaces de apreciar las bellezas de la vida... Tengo sesenta y siete años y tengo un pie en la tumba; veo sin embargo que la tierra produce ahora más flores y flores más bellas... ¡Todo se embellece! ¡Qué edificios! ¡qué nuevas herramientas! ¡qué barcos! ¡Y qué esfuerzos de inteligencia se han debido hacer! Se dice: ¡estos hombres son fuertes y hacen fácil la vida! ¡Todo está bien, todo es agradable, excepto vosotros, nuestros herederos, que estáis desprovistos de todo sentimiento, de todo sentimiento de vitalidad! No os importa que un impostor, no os importa que un

burgués, sea más diestro que vosotros. Ten, por ejemplo, Ejóff, ¿quién es? Él se toma el derecho de juzgaros á vos y á toda la vida... No le falta audacia mientras que vosotros... ¡pchl! vosotros vivís como mendigos... vuestras distracciones son bestiales; en el infortunio sois dignos de lástima. Séres podridos... sería necesario verter fuego en vuestras venas, arrancaros la piel y echar sal en vuestras carnes, entonces, os pondríais á saltar.

Jacob Tarasovitch, pequeño, aviejado, la boca guarnecida de ruinosos dientes negros, calvo y el color sombrío, como si la vida le hubiese calcinado y ahumado, vibraba bajo la exaltación de su palabra inflamada. Lanzaba á su hija, bella, fresca y joven, palabras despreciativas y crueles.

Ella le miraba y se sentía culpable, le sonreía confusa y en su sér nacía poco á poco un sentimiento de veneración religiosa por aquel viejo tan lleno de vida y tan tenáz en su voluntad implacable.

\*  
\*\*

Tomás continuaba llevando una existencia extravagante, pasando días y noches en los cafés conciertos y las tabernas. Sentimientos de odio y de desprecio hacia las gentes que le rodeaban, se arraigaba más y más profundamente en su corazón. Se hubiese considerado dichoso si en ellos hubiese encontrado una resistencia á sus malos instintos. Hubiese deseado encontrar un hombre con bastante valor, el alma bastante elevada para dirigir los reproches que él merecía y para detenerle en la pendiente en que se sentía deslizar. Este deseo de ser socorrido por sus semejantes, se hacía más y más ardiente á medida que se enfangaba más en el vicio.

—¡Hermanos míos! exclamó un día que estaba

ante la mesa en un café-cantante, en medio de un grupo de gentes de mal vivir. ¡Hermanos míos! ¡Me aburro... me descorazonáis! ¡Pegadme... echadme! Sois canallas todos... pero entre vosotros existe al menos una solidaridad, mientras que yo siempre quedo abandonado de todos... ¿Por qué? Soy como vosotros... un borracho y un miserable, y sin embargo me tenéis á un lado... Lo veo bien... no soy de los vuestros... Os aprovecháis de mí lo más posible y me escupís cuando he vuelto la espalda... lo siento perfectamente, ¿por qué? ¿decid?...

No podía ser de otro modo. En su fuero interno, cada uno se consideraba como igual de Tomás, pero él era rico y esto era una superioridad que apartaba toda idea de compañerismo. A más de sus discursos los insultaba siempre y mostraba escrúpulos de conciencia que los alejaba de él. Se conocían también sus fuerzas físicas y su carácter violento. Ninguno de ellos osaba abrir la boca en su presencia.

Y sin embargo éste era precisamente el deseo ardiente de su alma enferma: encontrar un sér que tuviese el valor de tenérselas derechas, un hombre cuya palabra enérgica fuese la palanca que le echara fuera del abismo, hacia el cual rodaba y todo aquel barro que le salpicaba el corazón, y que por sus propias fuerzas se sentía impotente de arrancar.

En fin, Tomás encontró lo que buscaba. Un día en medio de una orgía, irritado por ciertas familiaridades, exclamó:

—¡Silencio, especie de chinches! ¿Quién os paga de beber y de comer? ¿Lo habéis olvidado? ¡Os refrescaré la memoria! ¡Os enseñaré á respetarme! ¡Bandidos! ¡Y cuando yo hable... que todos se callen!

Se callaron en efecto, aterrados ante la idea de no aprovecharse más de sus prodigalidades y temiendo también despertar al león dormido.

El silencio duró algunos segundos. Ahogando su cólera, se inclinaron sobre sus platos, en una actitud de humildad afectada y confusa.

Tomás los envolvió á todos en una mirada satisfecha, halagado por aquella obediencia servil y dijo con orgullo:

—Ea, ya estáis callados, perfectamente. Y que ninguno se menee, sabéis... ó si no ojo.

—¡Estúpido! pronunció una voz tranquila y fuerte.

—¡Cómo! aulló Tomás, saltando de su asiento. ¿Quién ha osado hablar?

Un hombre extraño, largo, vestido de levita, una gorra enorme sobre su cabeza no menos enorme, se levantó al otro extremo de la mesa. Mechas de cabellos crespos y rebeldes le cubrían todo el cráneo y en medio de su rostro amarillo é imberbe, se destacaba una larga nariz aguileña. Tomás le encontró parecido á aquellas viejas escobas de cuerdas, que sirven para lavar el puente de los barcos, y eso bastó para alegrar su furor naciente.

—¡Eres verdaderamente hermoso! exclamó sonriendo. Pero ¿por qué me injurias? ¿sabes siquiera quién soy?

El hombre, con gesto trágico, tendió hacia Tomás una manó de afilados y ágiles dedos, semejantes á los de un prestidigitador, y dijo con voz bronca:

—Eres una postema, resultado del vicio de tu padre, que, aunque ladrón, fué un hombre de bien si se le compara contigo...

Este apóstrofe provocó en Tomás tal cólera y tal indignación, que su respiración se cortó en el acto. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, se le salían de la cabeza y fué incapaz de articular una sola palabra,

El hombre, sin embargo, de pie frente á él, soplabá, moviendo sus furiosas pupilas furibundas, bajo los párpados exangües.

—Tú exiges miras... ¡imbécil! ¿Las has merecido? ¿Quién eres? Un borracho, en camino de comerse la fortuna de su padre... ¡Salvaje! Tú deberías estar orgulloso de que yo, artista célebre, servidor desinteresado y fiel del arte, se digne beber el mismo brebaje que tú! Este brebaje es un cocimiento de maderá de sándalo y de melaza, mezclada con tabaco de rapé y que tú tomas por vino de Oporto. Esto basta ya para asegurar tus derechos á un premio de asnería y de estupidez.

—¡Ah! ¡Bandido! aulló Tomás precipitándose sobre el artista.

Pero varias manos le cogieron y le sujetaron antes de que le hubiese tocado. Revolviéndose entre el círculo que le estrechaba por todas partes, se veía forzado á escuchar, sin poder responder á ello, el discurso que fulguraba con voz ronca, el hombre que se asemejaba á una escoba vieja.

—Arrojas á las pobres gentes cinco céntimos del rublo que has robado y te crees un héroe. Eres dos veces ladrón: has ocultado el rublo y robas el agradecimiento por el céntimo que das. Pero el mío no lo tendrás. Me he entregado á este oficio ingrato que desenmascara los vicios y aquí me ves decirte descaradamente: eres un tonto, un mendigo, porque tu fortuna es escandalosamente grande. Esta es la última palabra de la sabiduría: ¡todos los ricos son pobres! Así es como el célebre cantante Rimski Cannibalski sirve á la Verdad.

Imóvil y en silencio, en medio de las gentes que le sujetaban, Tomás escuchaba con una atención apasionada las palabras que fulminaba el artista. Experimentaba una sensación muy agradable, pausada, á la que da una fricción calmante durante

un dolor de muelas. La asistencia se agitaba. Los unos trataban de calmar la elocuencia intempestiva del actor, otros trataban de llevarse á Tomás fuera de la sala. El los rechazaba dulcemente y escuchaba, absorto en el goce áspero de su humillación pública. Se sentía acariciada el alma por el sufrimiento nacido del discurso de Rimski y continuaba mudo, mientras que éste experimentaba una viva alegría viendo su insolencia permanecer sin castigo.

—Te crees señor y dueño de la vida... ¡tú no eres sino un vil esclavo del rublo!

Uno de los comensales tenía hipo, y muy descontento gruñía á cada espasmo. «¡Ah, dia-blo!»

Un personaje de barba inculta y de rostro grisiento enternecióse de la suerte de Tomás. Quizás también porque toda esta escena concluyó por enervarle. Se puso á implorar lamentablemente, gesticulando con ambos brazos:

—¡Señores! ¡cesad! Está muy mal. Cada uno de nosotros tiene sus pecados. Sin excepción, todos somos pecadores. Creedme.

—¡Habla! balbuceaba Tomás. Di todo. No te tocaré.

Grandes espejos colgados en la pared reflejaban esta escena de borrachera, y los individuos aparecían allí más feos, más odiosos aún que en la realidad.

—¡No quiero hablar más! dijo el cantante, no quiero tirar las perlas de la verdad y de mi furor delante de un sér como tú...

Se levantó, y con la cabeza erguida, se dirigió majestuosamente hacia la puerta.

—¡Ah! ¡lo que es eso no! clamó Tomás lanzándose en su persecución. Tú me debes una explicación después del suplicio que acabas de infligirme...

Pero se le rodeó de nuevo, se le sujetó, se esfor-

zaron en calmarlo, mientras que se revolvía, empujaba á todo el mundo, tratando de abrirse camino.

Cuando Tomás encontraba una resistencia real, la lucha obraba en él como un calmante. Todos los sentimientos que fermentaban en su sér, se fundían en uno solo; el deseo de echar por tierra el obstáculo que se le oponía en el camino.

Después de haberse sustraído á todos y una vez en la calle, se sintió más tranquilo. De pie en la acera, miró á derecha é izquierda y se dijo, avergonzado:

—¿Cómo he podido permitir á esta especie de estropajo ridiculizarme así é insultar á mi padre?

A su alrededor todo estaba en calma. Hacía luna y un vientecillo fresco le acariciaba el rostro. Tomás se puso á caminar á grandes pasos, exponiendo su rostro acalorado á la bienhechora brisa.

Miraba de cuando en cuando hacia atrás para asegurarse de que ninguno de sus compañeros le seguía. Sentía cuán bajo había caído á los ojos de todas aquellas gentes. Andandó, se decía que su fracaso era también completo, porque él, hijo de un traficante estimado y conocido, había permitido al primer venido insultarle, sin hacerle pagar cara tal insolencia.

—¡No tengo más que lo que he merecido! se decía él con rabia reconcentrada. ¡Está bien hecho! No tenías más que no haberte rebajado... ves, ahora... Y á más tú lo has querido... lo has buscado... has provocado á todo el mundo... ¡Coge eso, ahora!

Y su corazón se contrajo.

Abismado en estas tristes reflexiones y completamente despejado, Tomás andaba recto, buscando un punto de apoyo en su corazón... Pero en su corazón todo era obscuro, vago... un sentimiento de confusa impotencia le invadía... Llegó en este estado de estupor á la orilla del río, se sentó en un

montón de tablas y se puso á mirar el agua tranquila y negra que el viento fruncía de arruguitas. El río inmenso deslizaba en silencio sus aguas tranquilas que acarreaban pesos enormes. Estaba lleno de siluetas de barcos, cuyas luces, así como las estrellas, se reflejaban en la superficie; pequeñas ondas ligeras llegaban á bañar sus pies y se deshacían con dulzura de caricia. Una tristeza calinosa caía del cielo, y la soledad, como una piedra pesada, aplastaba el alma de Tomás.

—¡Jesús! murmuró, levantando hacia el cielo una mirada distraída, ¡qué mal camino sigo! Dios no me ayuda... ¿Para qué valgo? ¡Jesús mío!

Estas palabras dirigidas á Jesús, casi instintivamente, le aliviaron en el acto; su aislamiento le fué menos amargo; suspiró profundamente y continuó:

—¡Divino Jesús! Hay más, muchos más que yo que no comprenden la vida, y creen saberlo todo, y la vida les es menos difícil... Pero yo no tengo apoyo... He aquí... la noche y estoy solo, no sé donde ir... No tengo nada que decir y nadie me escucharía... no quiero á nadie... No tengo más que el padrino... pero no tiene corazón... ¿Por qué no le castigas? Se imagina que sobre la tierra no hay nadie más inteligente ni mejor que él... y tú lo permites... Y yo también... Si me sucediese alguna desgracia... alguna enfermedad... Pero no soy fuerte como una encina... Bebo, me entretengo, me revuelco en el fango... El cuerpo no sufre por ello, pero el alma sola languidece... ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Para qué, tal vida?

Una á una se despertaban en su alma protestas tímidas y vacilantes. La noche se oscurecía y el silencio á su alrededor era cada vez más profundo. Una barca, atada cerca de la orilla, se balanceaba con un ligero ruido parecido á un gemido.

«¿Cómo librarme de esta vida? se preguntaba

Tomás mirando la barca. ¿Cuál es mi papel aquí abajo? Todos trabajan...»

Y una idea completamente nueva se apoderó de él:

«Cuanto más duro es el trabajo, es menos remunerado. Algunos se matan para ganar un rublo, otros no tienen más que mover un dedo para conquistar millares...»

Esta idea le procuró una sobreexcitación muy agradable. Le pareció haber descubierto en la humanidad una nueva mentira, una duplicidad que añadir á todas las que oculta con tanto cuidado... Se acordó de uno de sus maquinistas, Iliá, que se encargaba, por diez kopeks, de reemplazar á un compañero en la máquina, permaneciendo ocho horas seguidas en un calor sofocante que le secaba los pulmones. Un día, que agotadas sus fuerzas, se arrastraba á la popa, Tomás se proximó á él y le preguntó por qué hacía aquel oficio de perro. Iliá le respondió grosero y tosco:

—Pues bien, porque un ochavo me hace más que á tí cien rublos... ¡Por eso!

Y el viejo, con estas palabras, le había vuelto la espalda moviendo penosamente su pobre cuerpo, quemado de fiebre.

El pensamiento de Tomás fué, sin esfuerzo, del maquinista á todos aquellos trabajadores, hombres de fatiga, y otros miserables que desempeñan trabajos rudos. Eso le pareció extraño. ¿Para qué viven? ¿Qué placer experimentan de vivir en este mundo? Hacer eternamente el mismo trabajo repugnante y duro, mal comer, apenas mal vestir... y beber... Algunos tienen ya sesenta años y trabajan como jóvenes. Su imaginación se los representó como un gran montón de gusanos royendo la tierra y buscando un alimento. Recordó fielmente sus relaciones con ellos, sus palabras y sus reflexiones so-

bre la vida... Todos empleaban á poco más ó menos el mismo lenguaje, ya embargado de una dolorosa ironía, ya de una sombría indiferencia... como sus canciones, llenas de melancolía y profundamente desesperadas. Con este recuerdo vió que Efm había dicho á un empleado, venido á la oficina á tomar órdenes:

—Encontrarás á los campesinos de Lapuchinsk, allá abajo. Buscan trabajo: no les ofrezcas más de diez rublos por mes. Este verano les ha sido malo, y hoy se encuentran en una profunda miseria... sentirán seguramente en trabajar á este precio.

Recostado sobre las tablas, Tomás se balanceaba lamentablemente de adelante atrás, como la péndula de un reloj, y en la obscuridad surgían ante él siluetas familiares; marineros, maquinistas, empleadillos, camareros de café, mujeres borrachas y pintadas, todos los contertulios del café cantante. Pasaban como sombras chinescas y exhalaban un olor enmohecido y como de cosa encerrada. Era una masa compacta, silenciosa, y que se movía lentamente como las nubes en un cielo de otoño. El choque del agua tenía sonidos lúgubres que helaban el alma de Tomás. Un fuego llameaba á lo lejos, al otro lado del río; anegada en la obscuridad, aparecía como una mancha rojiza y vaga que se extinguía por momentos. Este resplandor no duró más que un momento y la obscuridad se hizo de nuevo.

«¡Dios mío! ¡Dios mío! pensaba Tomás profundamente afligido y sonriéndose más y más angustiado. Soy parecido al fuego... completamente solo... como él... sólo que yo no doy ni calor ni luz, sino un humo acre y asfixiante. Yo quisiera encontrar á alguien inteligente... hablar á alguno... No puedo vivir así solo... No soy capaz de nada... Encontrarme con un hombre...»

En aquel momento, del medio de la corriente, en la noche, una masa enorme surgió, iluminada por dos grandes luces rojas, y encima, muy alto, por una tercera. Un rumor sordo llegaba á los oídos de Tomás, y la masa avanzó lentamente hacia él.

«Un barco que sube, se dijo. Lleva más de cien personas... y ninguna de ellas se preocupa de mí... Todas saben adónde van y lo que tienen que hacer... cada una de ellas comprende su destino. ¿Y á mí? ¿Quién me lo enseñará? ¿Dónde está el hombre que me hará luz?...»

Las luces del barco se reflejaban temblorosas en la superficie; el agua iluminada se separaba con un sordo murmullo y el barco parecíase á un pez formidable con aletas de fuego.

Algunos días transcurrieron y Tomás se puso de nuevo á beber, pero esta vez fué á su pesar.

Había tomado sabias resoluciones y se dirigía hacia un restaurant donde contaba no encontrar á ninguno de los compañeros de costumbre que por lo general iban á sitios menos lujosos. Pero las circunstancias engañaron sus previsiones. Cayó sobre su amigo el hijo del fabricante de alcoholes que se había llevado á Sacha. Este se precipitó hacia Tomás, le abrazó y le dijo alegremente:

—¡Qué dichoso encuentro! ¡Yo, que desde hace tres días me amodorro en una soledad odiosa! Ni un hombre conveniente en toda la ciudad. Ayer me he reducido á hablar con mozos de cordel... Gentes muy alegres... aunque, al principio, hayan querido echárselas de aristócratas... pero al cabo los he dejado borrachos como polacos... Hoy vamos á ofrecernos una segunda representación, lo juro por los capitales de mi padre. Voy á presentároslos. He encontrado también un periodista. ¡Aquél que os molestó tanto en un artículo! ¿os acordáis? Cómo se llama, ya? ¿Un muchacho bien raro? á fe mía. Le

daremos algunos rublos para que nos divierta. ¿Qué decís? También había traído conmigo á un camarero de café concierto. A fe mía, que estuvo muy bien y hubo momentos que me divertió mucho. Le decía de cuando en cuando: «Rimski, una cancioncilla!» Y acto seguido empezaba, y os aseguro que valía... Desgraciadamente ha desaparecido... ¿Habéis comido?

—Tedavía no... ¿Y Alejandra? preguntó Tomás ligeramente abrumado por la exuberancia de aquel joven, listo, rojo y vestido con excentricidad.

—¡Pse! exclamó con una mueca, vuestra Alejandra es una mujer antipática! Siempre sombría. Es abrumadora, ¡qué el diablo cargue con ella! Y fría como una rana. ¡Brr! No, voy á despedirla.

—Fría, eso es exacto, dijo Tomás pensativo.

—Cada uno debe cumplir con su empleo lo mejor que pueda, dijo el hijo del rico traficante de alcohol con tono doctoral, y la que se hace *entretener* debe cumplir su deber escrupulosamente... si es una mujer de conciencia... ¡Vaya, un vaso de aguardiente!

Bebieron y naturalmente se emborracharon.

Por la noche una numerosa y estrepitosa sociedad se les agregó. Tomás borracho, pero triste y dulce, decía, con la boca llena:

—He aquí lo que comprendo: unos son gusanos... otros gorriones... Los gorriones son los que comercian... Se comen los gusanos... es el destino... Están hechos para ellos... Son útiles... ¿Pero yo y vosotros en general, para que servimos? No representamos nada y nuestra vida no tiene excusa... es inútil... Nadie tiene necesidad de nosotros... ¿Además los otros para que han sido hechos? He ahí lo que sería necesario saber... ¡amigos míos! ¡Perecemos todos, os lo aseguro! ¿Y por qué pereceremos? Porque todo en nosotros es inútil, nuestras almas

están vacías.. y nuestra vida no sirve para nada... ¡Hermanos míos! Yo lloro... ¿para que valgo? Nadie tiene necesidad de mí. ¡Matadme... para que muera!... Querría estar muerto..

Y vertía abundantes lágrimas, lágrimas de borracho enternecido.

Un hombrecillo negro, borracho también, se agarraba á él y trataba de abrazarle. Buscaba, evidentemente, recordarle algún recuerdo, dando golpes en la mesa con su cuchillo.

—Verdaderamente. Calláos todos, Escuchadle. ¡Dejad hablad á los elefantes y á los mammut! Estas son las santas palabras que pronuncia la apática conciencia rusa. ¡Ruge, Gordeieff! ¡Ruge contra todo!

Y se agarraba á los hombros de Tomás, se frotaba contra su pecho, elevando hacia su rostro una cabeza redonda, pelada, que se agitaba entre sus hombros.

Tomás no podía llegar á distinguir su rostro y se irritaba y le rechazaba gritando:

—¡Vete al demonio! ¿Dónde tienes los morros?...

Risas ensordecedoras embargaban la atmósfera. La voz del joven traficante de alcohol se ahogaba en su esfuerzo por dominar el ruido y gritaba á alguien, con la lengua torpe:

—Ven á mi casa. Cien rublos por mes, la comida y habitación. Palabra de honor. Deja el periódico... yo te pagaré mejor.

Todo lo que estaba alrededor de Tomás oscilaba con movimientos amplios y suaves. La gente se acercaba á él y se retiraba; el techo bajaba y el suelo subía. Parecíale á Tomás que iba á morir aplastado. Después se veía precipitarse á lo largo de un inmenso río que le arrastraba en su rápida corriente. Espantado, titubeando, se puso á aullar:

—¿A dónde vamos? ¿Dónde está el capitán?

Una salva de risas y de exclamaciones aguardentosas respondieron á sus palabras.

La voz chillona y detestable del hombrecillo negro sobresalía de este jaleo:

—¡Es la verdad! Todos bogamos, sin timón, en un buque desarbolado... ¿Dónde está el capitán? ¡Eh! ¡ja, ja, ja!

\*  
\*\*

Tomás recobró el sentido en una habitacioncita alumbrada por dos ventanas. La primera cosa que llamó su atención fué un árbol seco. Este árbol encontrábase frente á una de las ventanas y su tronco enorme, descortezado y de corazón podrido, interceptaba la luz del día. Sus ramas negras y nudosas, desprovistas de hojas, se extendían lamentablemente y gemían sacudidas por el viento. La lluvia se escurría á lo largo de los cristales y caía del tejado en cascada rumorosa. A este ruido, semejante á sollozos, se unía el chirrido de una pluma que corría veloz sobre el papel.

Tomás levantó su cabeza aturdida. Vió un hombrecillo negro, sentado á una mesa, que garrapateaba rápidamente en una hoja de papel. Aquel hombre sacudía su cabeza redonda, con aire satisfecho; la movía sin cesar en todos sentidos, levantaba los hombros y todo su cuerpo, cubierto sólo de una camisa de dormir y unos calzoncillos, y saltaba sobre la silla como si hubiese estado sobre ascuas. Con su mano izquierda, fina y delgada, se rascaba la frente, haciendo en el aire ademanes raros. Sus pies desnudos se agitaban en el suelo; se distinguía el latido de una vena gruesa en su cuello y sus orejas también se movían sin cesar. Cuando se volvía

hacia Tomás, éste podía ver unos labios delgados que balbuceaban algo y una larga nariz puntiaguda que le llegaba al bigote cuando abría la boca... El rostro era joven, enfático, arrugado y dos ojillos negros y vivos parecían no pertenecer á este rostro.

Cansado de contemplarle, Tomás volvió lentamente los ojos hacia el techo y las paredes.

Parecidos á tumores, paquetes de periódicos suspendidos en grandes clavos cubrían las paredes. El techo había sido en otro tiempo tapizado de papel blanco; este papel, despegado por la humedad, colgaba en misereros jirones lamentables que en varios sitios seenrollaban; vestidos, calzado, pedezos de papel estaban revueltos por el suelo... Parecía que toda aquella habitación hubiese sido pasto de la desgracia.

El hombrecillo tiró de repente la pluma, se inclinó hacia adelante y se puso á teclear alegremente en el borde de la mesa y cantó con voz atiplada:

Coge tu tambor y no tengas miedo  
Da á la cantinera un buen beso sonoro;  
¡Que esa es la única razón  
De toda una filosofía de amor!

Tomás exhaló un profundo suspiro y dijo:

—Si pudiese disponer de agua de Seltz...

—¡Ah! exclamó el hombrecillo, lanzándose desde su silla al canapé cubierto de hule en el que estaba echado Tomás. ¡Buenos días, amigo! ¿Agua de Seltz? Es fácil. ¿Con cognac ó sin él?

—Con cognac será mejor, exclamó Tomás, estrechándole la mano febril y seca que le tendía su interlocutor y examinándole atentamente,

—¡Egorovna! llamó este último abriendo la puerta. Y preguntó á Tomás:

—¿No me reconoces, Tomás Ignatitch?

—Creo... por mi vida... haberte... visto otra vez.

—En efecto, nos hemos visto durante cuatro años... ¡Pero hace tanto tiempo!... Ejoff...

—¡Dios santo! exclamó Tomás, dando un salto en su canapé. ¿Eres tú?

—¡Ay de mí amigo mío, yo bien quisiera no ser, pero la realidad es, una cosa que rechaza las dudas como el hierro rechaza una bala de goma...

El rostro de Ejoff se arrugó cómicamente y sus manos se crisparon sobre el pecho.

—Esto es, pronunció Tomás lentamente. Por cierto que has envejecido bonitamente... ¡Caramba! ¿Qué edad tienes?

—Treinta años.

—Cualquiera te echaría cincuenta... seco, amarillo... la vida no ha sido cariñosa para contigo, ¿eh? Y bebes...

El corazón de Tomás se oprimió al reconocer á su camarada de infancia, en otro tiempo alegre y decidor, ahora tan lamentablemente estropeado, alojado en aquel cuartucho desmantelado cuyo aspecto evocaba la idea de una enfermedad, de un pobre cuerpo llagado de quemaduras...

Lleno de lástima contemplaba á Ejoff. Vela el temblor que recorría su rostro, al mismo tiempo que sus ojos se encendían con cólera. Disponiéndose á descorchar una botella de agua de Seltz y entregado por completo á este trabajo, la botella sujeta entre las rodillas, Ejoff callaba, esforzándose en vano por extraer el tapón.

Su delgadez conmovió á Tomás.

—¡Hum! ¡qué casa!... Y sin embargo, estudiaste... Diríase que, aun siendo sabio, el hombre no es dichoso, profirió Gordeieff pensativo,

—¡Bebel! dijo Ejoff, pálido por el esfuerzo. Y le tendió el vaso.

Después se restregó la frente, se sentó al lado de Tomás en el canapé y se puso á hablar:

—Deja la ciencia tranquila... no blasfemes. La ciencia es el néctar de los dioses... pero está en estado de fermentación y no puede ser servida á todos, así como el aguardiente de uva que no está destilado no se puede beber. Para contribuir á la dicha humana no está aún suficientemente en condiciones, amigo mío, y los que hacen uso de ella no ganan más que dolores de cabeza, como tú y yo. ¡Bah! ¡Por qué bebes tonto?

—¿Yo? ¿Acaso puedo hacer otra cosa? preguntó Tomás sonriendo.

Ejoff le miró con interés y dijo:

—Esta pregunta, relacionada con todo lo que has dicho ayer noche, me hace creer, amigo mío, que no te diviertes con alegría de corazón.

—¡Ah! suspiró Tomás dejando bruscamente el canapé. ¿Cuál es mi existencia? ¡Un verdadero contrasentido! Estoy solo, no comprendo nada... y sin embargo mi alma aspira á algo... enviar todo al demonio y andar por mi propio esfuerzo... Quisiera concluir con todo... ¡eh! ¡aburrimiento! ¡aburrimiento!

—¡Es curioso! exclamó Ejoff frotándose las manos y agitándose extraordinariamente. Es curioso si es verdadero y sincero, pues eso probaría que el santo desconocimiento de la vida ha penetrado así mismo en las alcobas de los traficantes, en esas almas muertas anegadas en ondas de sopas grasosas, en lagos de té y otros líquidos... Cuéntame todo eso detalladamente... Haré una novela de ello...

—He oído decir que habías escrito un artículo contra mí, replicó Tomás, curioso, examinando con atención á su condiscípulo y preguntándose lo que podría producir, él, tan haraposo,

—En efecto, lo escribí. ¿Lo has leído?

—No; no he tenido ocasión...

—¿Y qué te han dicho?

—Que me dabas un palo terrible...

—¡Hum!... ¿Y eso no te da ganas de leerle á ti mismo? proseguía Ejoff, examinando con interés el rostro de Tomás.

—Lo leeré, afirmó Tomás, molesto, deseoso de consolar á Ejoff, al cual su indiferencia habría podido parecer hiriente.

Y añadió débilmente:

—Debe ser interesante, puesto que eres tú quien lo ha escrito.

Y sin embargo, no experimentaba ni la más mínima curiosidad; sus palabras eran únicamente dictadas por la lástima que le inspiraba Ejoff. Su pensamiento no estaba allí; habría querido comprender qué clase de hombre era Ejoff y lo que lo había estropeado así.

Este encuentro despertaba en él un sentimiento dulce y cariñoso, recordándole días de infancia que surgían ahora uno á uno en su memoria, como fuegos fatuos, apenas visibles, en el pasado lejano.

Ejoff se aproximó á la mesa, en la cual la tetera estaba ya preparada, virtió silenciosamente en dos vasos, té negro como la tinta, y dijo á Tomás:

—Ven á tomar té.. y háblame de til...

—No tengo nada que decirte... no he visto nada... ¡Mi vida está tan vacía! Cuéntame más bien la tuya... tú tienes que contar más que yo...

Ejoff se puso á reflexionar, sin cesar de mover la cabeza en todos sentidos y de agitarse en su silla. Sólo su rostro se había inmovilizado; todas sus arrugas, en haz como rayos, alrededor de sus ojos, les hacían parecer aun más metidos en sus órbitas.

—Sí, amigo mío, no he visto pocas pocas cosas y he adquirido experiencia. Quizás sepa más que me

convenga, pues tan malo para un hombre es saber demasiado, como no saber bastante. ¿Quisieras saber cómo he vivido? Voy á decírtelo, ó más bien, voy á ensayar... Pues nunca he hablado de mí á nadie, porque nadie se ha interesado... y á propósito, es muy desilusionante vivir sin inspirar interés á alguien, sea quien sea..

—¡Oh! Veo en tu semblante y en lo que te rodea que tu vida no ha sido bella, dijo Tomás, experimentando cierto placer en hacer ver á su amigo que no lo había pasado mejor que él.

Ejoff tragó de un sorbo su té y puso el vaso en el platillo. Puso sus pies en los travesaños de la silla, rodeando sus rodillas con los brazos, en las que apoyó la barba.

Pequeño y flexible como si hubiera sido de goma, empezó su relato:

—El estudiante Satchkoff, mi antiguo profesor, que ahora es doctor en medicina, jugador y criado, me decía en tiempos, cuando yo había preparado bien mi lección: «¡Bravo, Nicolás! Tú eres un muchacho de capacidad. Nosotros aventureros, sencillos y pobres, que salimos de la baja clase de la sociedad, debemos estudiar, y estudiar tanto y tanto, que al fin lleguemos á los primeros puestos... La Rusia tiene necesidad de hombres de inteligencia y probos: trata de serlo y serás el dueño de tu destino y un miembro útil á la sociedad. En nosotros los plebeyos, reposan las más bellas esperanzas del país; nosotros somos quienes debemos hacer luz, verdad, etc., etc.» He creído en este bruto... Veinte años han transcurrido... nosotros, los aventureros, hemos crecido, pero, intelectualmente, somos los mismos y no hemos hecho ninguna luz en la vida. La Rusia sufre siempre su mal crónico, de una abundancia de canallas y nosotros, los plebeyos,

engrosamos con fruición sus filas compactas. Mi profesor, lo repito, es un criado, sér impersonal y mudo, al cual su amo da órdenes... y yo soy un bufón al servicio de la sociedad... En esta ciudad, amigo mío, la fama me persigue... Oigo en la calle á un cochero que dice á otro: «Mira á Eloff. Cuando se mete con alguien lo arregla, palabra de honor.» ¡Y aun para llegar á esto, es difícil...

A estas palabras el rostro de Eloff se contrajo y sus labios se desplegaron en una risa silenciosa.

Tomás no comprendió nada de su discurso y dijo al azar, por responder algo:

—Es que aun no has llegado al fin que te propones...

—¡Eh! sí, yo creía llegar más arriba... ¡Y habría llegado! ¡Te lo aseguro, habría llegado!...

Saltó de su silla y se puso á correr á través del cuarto, gritando con volubilidad y cólera:

—Para guardarse en la vida, para ser hombre libre son menester fuerzas enormes. Las he tenido... Era ligero, era diestro... todo lo he empleado por adquirir conocimientos que ahora me son inútiles. Me he gastado enteramente, para conservar algo en mí... ¡Ah, diablo! Yo mismo... y cuantos otros conmigo... nos hemos despojado voluntariamente á fin de poder armarnos para la vida... Calcula que con el deseo de ser más tarde un hombre de valor, he despreciado mi personalidad de mil maneras... Para estudiar y no morir de hambre, he enseñado durante seis años el A B C á párvulos... y soportado por parte de los padres y madres que me humillaban á su antojo, que me hicieran las más crueles ofensas... Ganando apenas bastante para el pan y el té, no tenía que comprar sino calzado y me veía reducido á dirigirme á la beneficencia pública, á escribir súplicas... para obtener socorros... que se dan á los indigentes. ¡Ah! ¡Si estas obras de caridad

supiesen todo lo que ellas matan en el hombre cuando le socorren materialmente! Si supiesen que cada rublo que dan para comprar pan contiene noventa y nueve kopeks de veneno para el alma! ¡Si pudiesen matar por exceso de bondad y de orgullo, gastado en prácticas piadosas! ¡No hay hombre sobre la tierra más odioso y más vil que el que da limosna y nadie más desdichado que aquel que la recibe!

Eloff había llegado al paroxismo de la cólera. Titubeaba como un hombre borracho y los papeles esparcidos bajo sus pies se desgarraban en jirones. Rechinaba los dientes, movía la cabeza, sus dos brazos se agitaban en el aire como dos alas mutiladas. Se habría dicho que hervía en una marmita en plena ebullición. En cuanto á Tomás, se sentía animado de dos sentimientos contrarios. Eloff le inspiraba lástima y al mismo tiempo se sentía regocijado de verle sufrir. «No soy solo... no lo pasa mejor que yo...» se decía escuchándole hablar. De la garganta de Eloff se escapaban sonidos secos como de vidrio y chirridos semejantes á los de una rueda mal engrasada.

—Envenenado por la bondad humana he perecido víctima de esta fatalidad que lleva en sí cada uno de los pobres diablos que pretenden triunfar: la facultad de contentarse con poco, en la esperanza de obtener mucho... ¡Ah, si supieras! Mueren más hombres todos los años por no conocer su precio ni estimar su justo valor, que de la tuberculosis, y por esta razón es por la que se encuentran jefes de partido desempeñando empleos de guardias de seguridad.

—¡Que el diablo se lleve á los guardias de seguridad! exclamó Tomás con un gesto de impaciencia. Es de tí de quien se trata...

—¡De mí! ¡Pero si es justamente de mí, de quien

se trata! replicó Ejoft parado en medio del cuarto y golpeándose el pecho. He llegado al colmo de mis ambiciones... soy un bufón propio para divertir al público é incapaz de otra cosa. ¡Oh! ¡saber lo que se debe hacer y no poder ejecutarlo, no tener la energía, la fuerza de cumplir la obra, esto es lo que se llama un suplicio!

—¡Ah! toma, espera un poco, exclamó Tomás animándose. Dime lo que es menester hacer para vivir tranquilo... es decir, para estar contento de sí mismo.

—Para eso es menester llevar una vida agitada y evitar como un verdadero mal la probabilidad de una satisfacción personal.

Aquellas palabras sonaron huecas en el espíritu de Tomás y no despertaron ningún sentimiento en su corazón ni ninguna nueva idea en su cerebro.

—Es menester vivir en la busca apasionada de alguna cosa inaccesible... El hombre sólo crece esforzándose en llegar por encima de él...

Ahora que su persona estaba fuera de causa, Ejoft hablaba con un tono más medido, más tranquilo. Su voz era firme y segura y la expresión de su rostro era severa. Estaba de pie en medio de la habitación, la mano extendida hacia Tomás y hablaba como si leyese:

—Los hombres son viles porque no buscan más que saciarse... El hombre harto es un animal... pues la saciedad es una satisfacción de la carne... Por lo demás, el orgullo del hombre demasiado satisfecho de su talento le lleva de igual modo al estado de bruto...

Un movimiento convulso agitó su cuerpo, como si sus venas y sus músculos se hubiesen atirantado hasta romperse y volvió á dar vueltas á la habitación.

—El hombre perfectamente contento de sí es

un tumor en el seno de la sociedad... es mi enemigo jurado. Está relleno de verdades de á cuarto, mugre de sabiduría enmohecida; es como el desván en el que una criada parsimoniosa amontona sin orden las cosas viejas en desuso, que no se sabe en qué emplearlas. Cuando se consulta á uno de estos hombres y abre las fuentes de su alma, se percibe un olor fétido, tasto de toda clase de detritus podridos. Estos desdichados se llaman hombres de principios, de convicciones, almas fuertes... y nadie quiere confesar que sus convicciones no son sino oropelos que sirven sólo para ocultar la desnudez de su alma miserable. Las frentes estrechas de esta categoría de gentes, llevan siempre una deslumbradora etiqueta: calma y seguridad, ¡falso reclamo! Frota sus frentes con mano firme y harás aparecer la verdadera enseña: mediocridad é idiotismo...

Tomás seguía con la mirada á Ejoft, que se agitaba en la habitación, y se decía con tristeza:

«¿Contra quién va? No se puede saber... Pero ha sido bien maltratado... Eso se va en seguida...»

—¡Cuántos he encontrado así! proseguía Ejoft lleno de cólera. ¡Cuántas expendedurías así se han abierto desde hace algunos años! Se encuentra de todo; percal para sudarios, untos de ruedas, bombones y bórax para destruir arañas; pero no se descubre nada fresco, nada nuevo, nada sano! Estas gentes tienen el alma enferma, amortiguada, desrozada por la soledad, y viven en la esperanza de oír una palabra viviente. Os ofrecen reminiscencias que descorazonan, ideas robadas de los libros viejos, rancios por el tiempo. Estas ideas, por lo demás, encallecidas, son tan pobres que, para expresarlas, es fuerza emplear una cantidad de palabras sonoras y vacías. Cuando oigo hablar á uno de estos hombres, me digo siempre: hé aquí un matalón bien

alimentado, pero enfermo, adornado de cascabeles y que arrastra una carreta llena de basura, para arrojarla fuera de los muros de la villa, y la desgraciada bestia está contenta de su suerte.

—Ellos son también seres inútiles, exclamó Tomás.

Ejoff se plantó delante de él y dijo con una sonrisa irónica:

—¡Oh! no, ¡esos no son inútiles! Sirven de modelos, modelos de lo que es necesario no ser. En realidad su puesto está en el museo de Anatomía, donde se conservan toda clase de monstruos, los ejemplos potentes de las enfermedades raras. Nada es inútil en la vida: asimismo yo soy necesario para algún designio obscuro. Sólo los hombres de alma bajamente servil y en que el corazón muerto está reemplazado por una enorme postema de odiosa adoración por el yo, sólo esos son inútiles... y aun... sirven de algo, aunque no sea más que para recibir la expresión de mi odio...

Ejoff continuó discurrendo así hasta la noche con la misma fogosidad. Vomitaba injurias contra los hombres que aborrecía, y sus palabras, cuyo sentido quedaba, la mayor parte de las veces, obscuro para Tomás, despertaban en él su instinto de combate. A veces, experimentaba dudas acerca de la sinceridad de Ejoff. Le preguntó en un momento dado, brutalmente:

—Está bien, ¿pero eres capaz de decirles todo eso en pleno rostro?

—A cada momento... y cada domingo en el periódico... ¿Quieres que te lo lea?

Sin esperar respuesta de Tomás, arrancó de un clavo un paquete de periódicos, que se puso á leer en alta voz, sin interrumpir sus paseos á través de la habitación. Enrojecía, reía, mostraba los dientes y se parecía á un perro rabioso, atado, que se esfuerza en vano por romper la cadena

Tomás no percibía una idea en los escritos de su camarada, pero comprendía aquella mordaz ironía, aquella audaz protesta, el furor violento de las frases, y experimentaba una sensación deliciosa, una satisfacción casi física.

—¡Buena estocada! exclamaba, cogiendo al vuelo una frase. ¡Bien dicho!

Comerciantes á quienes conocía y muchos notables de la ciudad aparecían con sus nombres en los artículos de Ejoff y sobre cada uno dirigía su dardo envenenado. Ya les denunciaba audaz á la indignación pública, ya con formas de respeto pérfidas les hería cruelmente.

Los ojos brillantes de Tomás y su aprobación, excitaban más aun á Ejoff. Sus rugidos eran más y más fuertes y agotadas sus fuerzas caía sobre el diván para saltar después y seguir...

—Vamos lee un poco de lo que has escrito sobre mí, dijo Tomás, que había tomado gusto á esta literatura.

Ejoff registró un montón de papelotes y retiró una hoja que desplegó, poniéndose de pie frente á Tomás, abierto de piernas. Tomás se acomodó en el sillón donde estaba sentado él y sonriente prestó oído.

El artículo sobre Tomás contaba primeramente la historia de las balsas que tan poco había faltado para que concluyese trágicamente. Durante esta lectura Tomás se sintió molestado por ciertas expresiones que le hacían el efecto de picotazos de mosquitos. Su rostro se puso serio, bajó la cabeza y guardó silencio. Pero el número de mosquitos seguía aumentando.

—Te has ido un poco lejos, dijo al fin, descontento y confuso. Tu no ganarás el cielo únicamente por deshonorar á un hombre...

—¡Cállate! ¡Espera! interrumpió Ejoff, volviendo á la lectura.